

Boletín del ejército sitiador de Puerto Cabello

Después de situada la batería del Rebote, uno de sus cañones que giraba sobre una barbeta, limpió el mangle de las lanchas enemigas que flanqueaban hasta allí nuestra línea, y el otro batía los merlones de la Princesa, causándoles un descalabro que casi dejaba su artillería a descubierto. La nueva posición del mortero y del obus, sobre nuestra derecha, atrajo la atención del enemigo por aquella parte, y S.E. el General en Jefe premeditó distraerlo, e hizo cortar el río por la parte más angosta bajo todos los fuegos directos del castillo, lo que se verificó el 6 del actual lo mejor que se deseaba: además una carronada montada a la izquierda de los Cocos batía en brecha, a menos de tiro de fusil, el parapeto que guardaba y defendía la puerta de la casa fuerte; el enemigo por esto se desentendió de su izquierda y dirigió su atención a la línea exterior.

S.E. que había premeditado todas las consecuencias que podrían seguirse de la demora de un sitio que, a pesar del honor y bizarría de los sitiadores, solo prometía una remota esperanza por la obstinación de los sitiados, puso en planta lo que tantas veces había concebido, y que solo la falta de medios había impedido ejecutar. Un golpe de armas debía decidir la suerte de la plaza que tenía víveres para tres meses. No teniendo los buques pequeños necesarios para la empresa, era forzoso hacerlo por la Laguna y el 5 del actual mandó S.E. hacer un reconocimiento con el Capitán de Caballería Marcelo Gómez, los Tenientes del batallón Anzoátegui Juan Albornoz y José Hernández, y el práctico Julián Istueta.

Practicado el reconocimiento, S.E. destinó 400 hombres del bizarro batallón Anzoátegui y 100 lanceros de Regimiento de Honor, cuya columna confiada al Mayor del mismo Batallón Manuel Cala y al Teniente Coronel José Andrés Elorza como segundo jefe, marchó desde la Alcabala a las 10 de la noche del día 7 protegida por una gran oscuridad. En aquella ocasión probó nuestra tropa más que nunca su disciplina, pues en un espacio de mas de ocho cuadras de agua y fango, en donde apenas se podía tener el soldado, no se oía el menor ruido en la marcha ni desunión en la extensa línea que formaba una columna de 500 hombres marchando de costado. Ninguno que no hubiese pasado por allí puede imaginar las dificultades que tuvo que vencer nuestra tropa al pasar por aquella parte, que el enemigo creía intransitable, y que solo una casualidad debida al arrojo de nuestros bravos pudo hacer que tuviese efecto.

A las dos y media de la mañana llegó a tierra nuestra vanguardia, entre la batería Constitución y baluarte de la Princesa, y apenas pudo reunirse cuando sentida por el enemigo fue necesario romper el fuego. Por un movimiento simultáneo y con la velocidad del rayo, ocupamos la Princesa y el Príncipe, llevando la muerte en nuestras bayonetas y lanzas al enemigo, que quiso antes perecer que abandonar su punto.

El Mayor Cala, como se le había prevenido, dividió la columna con anticipación y señaló a cada sección al punto que debía ocupar. La compañía de Granaderos, Capitán Francisco Domínguez y primera, Capitán Pedro Rojas, eran 50 lanceros, todo al mando del Teniente Coronel Francisco Farfán, se destinó a ocupar las baterías Princesa y Príncipe; la segunda, Capitán Laureano López y 25 lanceros con el Capitán Juan José Mérida, al muelle; la tercera, su Capitán Joaquín Pérez, al Corito; la cuarta, Capitán Gabriel

Guevara, a la batería de la Constitución; 25 lanceros con el Teniente Coronel José de Lima a la puerta de la Estacada, que era la retirada de la guarnición de la línea exterior enemiga; quedaron reservada en la Princesa con el Mayor Cala la compañía de Cazadores, su capitán Valentín Reyes. Todos estos puntos fueron ocupados a la vez, a pesar de la resistencia que por todas partes opuso el enemigo. Es increíble la velocidad y fortuna de este movimiento que duró apenas como media hora, en cuyo tiempo fuimos dueños de todas las fortificaciones de la plaza y varias partidas recorrerían su recinto, en donde no se encontraban sino cadáveres o rendidos que suplicaban por la vida

Es necesario haber sido testigo de la resolución de nuestros oficiales y soldados, es necesario estar al cabo de los justos motivos de resentimiento contra un enemigo obstinado que por cuatro veces había despreciado las generosas intimaciones de S.E. convidándole a la paz, para apreciar el grado heroico y eminente de moderación que guardaron después de cesar el fuego; al soldado, al paisano, al jefe, al oficial, a todos se respetaron en sus personas, y poco tiempo después se veían confundidos por las calles vencedores y vencidos.

Como la línea exterior enemiga estaba bien guarnecida, y aquel mismo día se lo había hecho una brecha a propósito para atraer la atención del enemigo por aquella parte, S.E. hizo apostar la compañía de Cazadores del batallón Granaderos a su inmediación, y al romper el fuego sobre la plaza hizo con ella un amago sobre la plaza que vino sobre la casa fuerte y muchos habían tocado ya los parapetos, cuando S.E. la hizo retirar por haber conocido las ventajas de la columna que obraba en el pueblo. La guarnición de esta línea compuesta de 90 hombres fusileros, luego que se vio cortada propuso capitulación aquella misma hora, pero S.E. les contestó que se rindiesen a discreción, y así lo verificaron.

Nuestras fuerzas sutiles que se habían aproximado a la batería del Príncipe, hicieron un fuego horroroso, de suerte que, amenazados los flancos, los enemigos tuvieron demasiado valor para oponer la resistencia que se experimentó de parte de algunos jefes y oficiales y buena tropa, que prefirieron la muerte a la infame cobardía de abandonar sus puestos.

El fruto de esta brillante jornada ha sido la posesión de la plaza con 60 piezas de artillería de todos los calibres, 680 fusiles, y todo cuanto existía de intereses particulares. La pérdida del enemigo consistió en 156 muertos, entre ellos los Tenientes Coronales D. José Manuel Sarsamendi, y D. Fausto Garcez, y se 59 heridos de los cuales se cuentan el Teniente Coronel Ángel Loño, 7 Capitanes, 7 Tenientes, 12 Subtenientes, 2 cirujanos, 5 practicantes y 213 de tropa y además todos los individuos de la Municipalidad, los empleados de renta, el Auditor de guerra D. José Manuel Oropeza, y el jefe superior político o Intendente D. Diego Alegría.

El Brigadier D. Sebastián de la Calzada, Comandante general de las tropas y de la plaza, que valerosamente se mantuvo en el Príncipe con su Estado mayor, sufrió la suerte de prisionero, habiéndose sostenido hasta que, muertos o heridos casi todos los que guarnecían aquella batería, fue forzoso ceder al impulso de nuestra columna, al paso que el Coronel D. Manuel Carrera que se hallaba a su lado, a pesar del bizarro ejemplo que le daba su General, huyó cobardemente a los primeros tiros, abandonando sus propios compañeros y amigos, y herido levemente en un brazo se salvó al castillo.

Nuestra pérdida en la plaza ha consistido en el capitán Laureano López, de la segunda compañía del Anzoátegui, herido levemente, el teniente José Hernández, del mismo batallón, contuso por una metralla de nuestras flecheras, y tres soldados heridos, y en la casa fuerte el teniente de cazadores del batallón Granaderos Gregorio Schrieder y 4 de tropa muertos, y 17 de estos heridos.

Después de los inmensos sacrificios que ha hecho el ejército sitiador, de las privaciones a que ha estado sujeto, y del trabajo sin cesar con que rivalizábamos en un terreno descubierto las baterías enemigas construidas con todas las reglas del arte, es imponderable el mérito que contrajo la columna que saltó la plaza: no hay un soldado que no haya hecho prodigios. Jefes, oficiales y tropa son dignos de los mayores elogios. S.E. mismo lleno de entusiasmo por estos bravos, no cesa de presentarlos como el modelo del valor e intrepidez, y particularmente recomienda la conducta del mayor Cala que con tanto mérito y prudencia ha llenado en todas las instrucciones que se le dieron por S.E. la del Teniente coronel

Francisco Farfan, y la del Teniente coronel José Lima su ayudante de campo, que voluntariamente se ofreció a seguir la suerte de estos valientes.

La consecuencia de este suceso extraordinario fue la capitulación del castillo de San Felipe que se verificó el 10 del actual en que S.E: ha desplegado toda su acostumbrada generosidad.

El Departamento de Venezuela se halla tranquilo con un ejército aguerrido y afortunado, y S. E: el General en jefe, a quine se debe esta suerte feliz, habiendo llenado las intenciones del Gobierno, cuando depositó en sus manos el mando de estas provincias, concluyendo la guerra que por trece años había asolado este hermoso y desgraciado país, ha llenado sus deseos y cumplido lo que tantas veces había prometido.

Cuartel General de la Plaza de Puerto Cabello, a 12 de Noviembre de 1823.—13.

El Coronel Jefe,

Geo. Woodberry